

Enviados con una misión

«Me ha enviado a predicar buena noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; [...] a consolar a todos los que están de luto». Isaías 61: 1, 2

Un sábado 20 de noviembre del año 2003, siendo bastante joven, recibí el mensaje del evangelio gracias a una dama misionera llamada Dámaris Ruiz.

Estaba pasando un momento difícil y complicado, mi corazón estaba quebrantado. No obstante, por la gracia de Dios, el Espíritu Santo me tocó, recibí a Cristo como mi Salvador y fui bautizado.

A raíz de mi conversión, mis padres, dos de mis hermanas y algunos primos conocieron el mensaje de salvación. El Señor, sin duda, tenía un propósito para mi vida, pues me convirtió en su instrumento para predicar a otros y servirle hasta hoy como pastor de la Iglesia Adventista, en Chiapas, México.

Agradezco a Dios porque la hermana Dámaris Ruiz conocía bien su lugar en la viña del Señor. Había comprendido el mensaje del profeta cuando dijo: *«Me ha enviado a predicar buena noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová y el día de la venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los que están de luto»* (Isa. 61: 1, 2).

La hermana Dámaris solo siguió los pasos de su Maestro. Cristo vino y cumplió cabalmente su misión, y nos dejó el privilegio de participar de su obra llevando el mensaje a todos los que no han tenido la oportunidad

de escuchar de él y aceptarlo. Es una tarea desafiante que nos mantendrá ocupados hasta que Cristo venga por segunda vez.

Elena G. de White confirma que nuestra participación en la misión es la voluntad de Dios: «Los siervos de Cristo han de seguir su ejemplo. Cuando él iba de lugar en lugar, confortaba a los afligidos y sanaba a los enfermos. Luego, exponía las grandes verdades referentes a su reino. Esta es la obra de sus seguidores. Mientras alivien los sufrimientos del cuerpo, hallarán maneras de ministrar a las necesidades del alma» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 18, p. 189).

Quizá alguno de ustedes se pregunte: «¿Por qué debo cumplir la misión? ¿Por qué debo hablar a otros si hay muchos más que lo harían mejor que yo?». Es cierto, algunos quizá lo harían de manera extraordinaria, pero Dios quiere que todos crezcamos en la experiencia de la salvación, pues «a cada uno se le ha asignado una obra, y nadie puede sustituirlo» (*Servicio cristiano*, cap. 1, p. 14).

Queridos hermanos, ustedes y yo tenemos un lugar y una obra que realizar en la viña del Señor. Hoy, él te pregunta: «¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?». Que nuestra respuesta sea: «¡Heme aquí! ¡Envíame a mí!» (Isa. 6: 8).

Pr. Antonio Hernández Soto,

Asociación del Grijalva,

Unión Mexicana de Chiapas, México.